

CARTAS POLÍTICAS

ACERCA

DE LA SITUACIÓN DE FRANCIA EN 1851 Y 1852



PARÍS, 1.º de Abril de 1851.

Muy señor mío: Antes de entrar en la angustiosa relación de las desventuras en que se halla envuelta y de que está amenazada la Francia, manifestaré á Ud. brevemente de qué manera comprendo yo el interés que pueden ofrecerle mis noticias respecto á los grandes sucesos de que esta nación es, á un tiempo mismo, la víctima y el teatro.

Mi propósito no consiste en dar cuenta de los sucesos á medida que ocurren y en su variedad infinita, siendo éste, como es hoy día, oficio propio de periódicos tampoco lo es escoger entre los sucesos más graves para presentarlos en relieve, siendo éste, como es, oficio propio de los telégrafos. Lo que á Ud. interesa si no me equivoco, es que, dando por supuestos los hechos, de todos conocidos por las mil vías de transmisión que poseen todas las naciones civilizadas, exponga llana y sencillamente mi juicio sobre ellos, considerándolos en conjunto y en sus resultados generales; es decir, formando acerca de los sucesos que ocurren y de los que pueden ocurrir un juicio más imparcial y más exacto que el que suelen formar los partidos que combaten en la arena, ciegos las más veces por el polvo mismo que se eleva en el campo de sus batallas.

Considerado desde este punto de vista y desde esta altura el estado de las cosas francesas, puedo afirmar, sin temor de ser desmentido por los hechos, que es deplorable y miserabilísimo, hasta el punto de quitar, al que atentamente lo observe, el último rayo de esperanza.

Esta nación está puesta, para su desesperación y para su tormento, entre abismos insondables y entre contradicciones



invencibles: por un lado tiene en horror á la República, y por otro está en condiciones tales que, siéndole todo otro Gobierno imposible, la República le es de todo punto necesaria: su razón es monárquica, y monárquicos sus instintos; y, sin embargo, con ser esto así, todos sus defectos son demagógicos, y todas sus calidades son republicanas. La dicha y la desventura proceden más bien, en las naciones como en los individuos, de su carácter, que de su voluntad ó de su entendimiento. La dicha es de aquellos individuos y de aquellas naciones cuyo carácter es uno, y la desventura ha sido hecha para aquellos individuos y para aquellas naciones, cuyo carácter, si puede decirse así, es doble y contradictorio. Después de una lucha estéril, porque jamás la termina la victoria, las unas y las otras suelen acabar por un suicidio. La Francia, haciendo imposible la Monarquía, que echa de menos, y necesitaría la República, que aborrece con todas sus potencias, después de una lucha desesperada consigo propia acabará, según todas las probabilidades, por un suicidio, miserablemente. Lo que para mí no ofrece ningún género de duda, y lo que importa consignar desde luego, es que la Francia no se verá libre de la República.

No quiere decir esto que no pueda haber aquí una ó muchas restauraciones efímeras: todas, al revés, son posibles, y algunas de ellas probables: el Imperio puede ser proclamado, pero no sería sino la sombra de un Imperio: la Monarquía orleanista puede ser ensalzada otra vez sobre los escombros del trono de Julio pero no sería más que la sombra de la Monarquía orleanista. La legitimidad, por último, puede ser restaurada; pero la Monarquía del Conde de Chambord no sería, ciertamente, ni por las condiciones de su existencia, ni por su duración, la Monarquía del gran Clodoveo.

Todas estas restauraciones efímeras no serían otra cosa, en realidad, sino fases diferentes del gran período republicano, que se extenderá indefinidamente por los anales sangrientos de la Francia.

Todo lo más á que pudieran aspirar los partidos monárquicos, sería á conservar la dirección de las cosas públicas, guardando las formas democráticas, que me parecen ya de todo punto invariables: pero aun eso va siendo cada día más dudoso y más difícil; los partidos aquí están acometidos por una rápida disolución, que ha comenzado por enflaquecerlos, y concluirá por anularlos. Entretanto, como último término del cuadro, y á espaldas de esos partidos que van enflaqueciéndose y anulándose, se levantan unas muchedumbres ateas, que tienen hambre y tienen sed, y que con el sufragio universal tienen en su mano la maza de Hércules. El día, no lejano, en que estas muchedumbres caigan en la cuenta de su omnipotencia propia y de la flaqueza radical de aquellos partidos; el día en que, cansadas de ver dirigir por manos ajenas la maza que tienen en sus manos, quieran dirigirla obedeciendo sólo á la omnipotencia de su albedrío, ese día, la nación más poderosa del mundo caerá en aquel abismo sin fondo y sin nombre en que ha caído, para escándalo del mundo y oprobio de las gentes, la raza mejicana. Las muchedumbres harán lo que hacen siempre, lo único que pueden hacer, lo único que han hecho cuando han penetrado violentamente por los campos de la Historia: crearse á sí propias tiranos efímeros, forjarse ídolos de una hora, que salen de la nada para serlo todo, y dejan de serlo todo para volver á la nada.

El instinto de estos grandes peligros, aunque no claramente formulado, está en el corazón de todos los franceses, y aun por eso están en circulación infinidad de remedios preventivos, á que llaman *soluciones*; los franceses no consideran que lo que necesitan no son muchas soluciones, sino una sola verdadera, y cabalmente porque son muchas las propuestas no hay ninguna posible. Los imperialistas con su solución imperial, son lo que una gota de agua en el mar Océano; los legitimistas con su solución monárquica, son una gota de agua en un río caudaloso; los orleanistas, menos mal librados que los demás, serán si acaso, con su monarquía de tornasoles, una



gota de agua en un estanque. Aunque estos diversos partidos se juntaran en una restauración definitiva cualquiera, sería para todos juntos obra de romanos: fraccionados como están, es para todos una obra imposible.

Por eso el instinto de su propia conservación los lleva á unirse: la unión, empero, aconsejada por el instinto es perpetuamente impedida por los rencores; siendo un fenómeno muy digno de notarse, que los partidos y la nación son víctima de unas mismas contradicciones. La nación está condenada á permanecer en el golfo republicano, de ella aborrecido, y á no arribar jamás al puerto de la Monarquía, de ella tan deseado. Los partidos á su vez están condenados á la perpetua hostilidad que aborrecen, mientras que ven desvanecerse como una sombra el sueño de la unión que tan ardientemente anhelan y tan constantemente ambicionan.

Nunca se ha hablado tanto de fusión como en estos últimos tiempos: solamente que las fusiones, como las demás cosas francesas, han sido contradictorias: hoy no parece sino que la fusión entre las dos ramas borbónicas está próxima á concertarse; mañana ya se han desvanecido todos esos conciertos, y se habla como de cosa averiguada de conciertos y tratos de otra índole entre el vástago del trono imperial y una de las dos ramas reales; un día después se anuncia ya como cosa averiguada; que todos los conciertos han abortado y que todos los contratos se han roto. La unión es posible en los partidos como la Monarquía en la nación; es decir, en calidad de un hecho efímero y transitorio; todos estos partidos están condenados á una perpetua hostilidad, como la nación misma á una república perpetua. Los partidos podrán unirse en un peligro inminente, pasado el cual volverá la desunión, que es cabalmente lo que concita y llama á los peligros, envueltos todos de esta manera y encerrados en un círculo vicioso. En otra ocasión consagraré una carta especialmente á exponer á usted cuál es la fuerza relativa de los partidos en Francia; por hoy, sería cosa fuera de mi propósito descender á estas particulari-

dades. Todas estas voces de fusión, que se cruzan y llenan los aires de rumores, tienen su origen en la crisis pavorosa que debe terminarse en Mayo de 1852 por la elección de una nueva Asamblea y de un nuevo Presidente, según está prevenido por la Constitución del Estado. Sólo con la expectativa de este plazo fatal, la crisis que había de provocar más adelante se ha venido ya encima. Las noticias que llegan de los Departamentos, son tristes y deplorables. La industria se detiene: el comercio se pára: las transacciones se interrumpen: el metálico huye: los talleres se cierran: los obreros pasean las calles ociosos, y piden estrecha cuenta á esta sociedad culpable, que, habiendo pervertido todas sus ideas sin mejorar su condición material, después de haberles quitado su Dios, los deja sin alimento. La situación es tal, amigo mío, que ningún hombre eminente cree posible que pueda prolongarse hasta el término constitucional; no pudiendo ni concebirse siquiera que esté un año entero en este trance mortal una sociedad industriosa y civilizada. La solución, mala ó buena, vendrá en este año necesariamente.

¿Cuál será esta solución? Todos lo preguntan, y nadie lo sabe: secreto es éste escondido á todos, patente sólo á los ojos de Dios, que dirige y gobierna personalmente las cosas humanas. Sin embargo, en medio de esta tremenda obscuridad hay algunos puntos luminosos. Es una cosa segura, por ejemplo, que en la Asamblea no habrá en Junio próximo la mayoría que exige la ley para decidir que la Constitución será revisada. Esto supuesto, la Francia está entre la prolongación de la crisis hasta su término constitucional, que es la muerte, y un golpe de Estado, que puede llevarla á ese mismo término por diferente camino. El golpe de Estado puede venir, ó del Presidente haciendo un llamamiento al sufragio universal, ó de la Asamblea misma declarando que ha lugar á la revisión por una mayoría ordinaria, si lograrse el Presidente tenerla (cosa que ofrece grandes motivos de duda), ó por el pueblo mismo reeligiendo al Presidente, contra lo prevenido en la ley política del Esta-



do. En todos estos casos, la solución no sería más que aparente. Supuesta la prolongación de los poderes presidenciales, falta todavía por averiguar cuál ha de ser la Constitución de la Cámara futura, de la cual depende todo en definitivo. Si el sufragio universal da por resultado una Asamblea conservadora, la Francia podrá ir arrastrando penosamente su existencia con un nuevo Presidente ó con el Presidente antiguo; si la Asamblea fuere turbulenta y facciosa, comenzaría por deponer á su Presidente, ya fuese el antiguo, ya fuese el moderno.

Me ha parecido conveniente hacer aquí esta observación, porque en Francia la opinión general es que la cuestión principal está en la prolongación de los poderes presidenciales: en lo cual, según mi modo de ver, la opinión pública va errada y la Francia se equivoca. No diré yo que esta cuestión sea indiferente: afirmo, al revés que es importante, y añado que la prolongación de los poderes del Presidente actual sería para la Francia y para la Europa un suceso dichoso; digo sólo que hay otra cuestión más importante todavía: la que consiste en averiguar el color político de la Asamblea que ha de salir de las urnas populares. En definitiva, el Presidente es súbdito, y la Asamblea soberana: de donde se sigue que importa más averiguar la índole de la Asamblea que las cualidades del Presidente.

Mi opinión particular es, si en estas cosas es posible formar opinión, que el Presidente, de una manera ó de otra, será reelegido; pero al mismo tiempo soy de parecer que el pueblo, monstruo compuesto de infinitas contradicciones, enviará un Presidente moderado á una Asamblea roja, y una Asamblea roja á un Presidente moderado. Estas contradicciones absurdas no son posibles cuando es un partido el que hace la elección, como sucede en los Gobiernos constitucionales; pero deben de ser cosa común cuando las elecciones son hechas por ciegas y estúpidas muchedumbres. En Francia, hoy día, es popular Napoleón por su nombre, y son populares los

socialistas por sus promesas, y sobre todo porque no mandan. De donde saco como consecuencia natural que el pueblo enviará á un mismo tiempo á Napoleón y á los socialistas; con lo cual se dará como de paso el democrático placer de asistir á una deposición; ó lo que es lo mismo, á una guerra civil, seguida de una usurpación imperialista ó de una absorción revolucionaria: si es que no asiste al espectáculo de una gran acusación, de un pavoroso juicio y de una terrible sentencia.

Todo esto es en la suposición de que las cosas caminen lentamente; porque lo imprevisto, ese dios ciego de los pueblos culpables, gobierna las cosas de Francia con un imperio absoluto, y lo imprevisto puede ser un cataclismo el mes que viene, la guerra civil la semana próxima, una sublevación mañana.

En estas circunstancias, amigo mío, no cumplirían ustedes con su deber si no llamaran la atención del Gobierno español hacia la imperiosa necesidad en que está de mirar por sí desde hoy mismo, precaviéndose contra los peligros ciertos que nacen de esta situación desesperada. Las aguas del diluvio democrático pueden inundar la Francia el día que menos se piense, y salvar los Pirineos. La Junta democrática creada en esta capital para tener los ojos puestos en las cosas españolas, sin ser hoy día un acontecimiento importante, puede ser mañana una cosa importantísima. En este estado, el Gobierno español tiene que hacer dos cosas desde luego: lo primero, concentrar todas sus fuerzas disponibles del ejército en las provincias pirenaicas; lo segundo, interesar á toda costa á esas provincias, baluarte fortísimo de la independencia nacional, en la causa santa de la independencia española.

Ignorante en las cuestiones económicas, no sé hasta qué punto pueden ser fundadas las reclamaciones de la industria catalana, ni hasta qué punto, económicamente hablando, pueden tener razón las provincias meridionales; sólo sé, como hombre de Estado, lo siguiente: que las consideraciones económicas no deben prevalecer en ningún caso sobre las consi-



deraciones políticas, que son de índole y de naturaleza más alta, y que las consideraciones políticas aconsejan hoy imperiosamente interesar en la defensa, desesperada si fuera menester, del territorio español á las provincias de Cataluña.

Por esta misma razón creo urgentísimo dar una solución, é inmediata, á la cuestión de los fueros de las provincias vascongadas; mi opinión es que, en todo caso y en cualesquiera circunstancias, será cosa, no sólo justa, sino también conveniente, la conservación, un tanto modificada, de esos antiquísimos fueros, que forman una parte esencial de nuestras glorias nacionales. No me sería difícil demostrar que todas las razones alegadas en contra de su conservación no son otra cosa sino la expresión de instintos niveladores y revolucionarios. Sea de esto empero lo que quiera, y aunque se dé por sentado que los fueros son una cosa detestable, pareceme á mí que, en las circunstancias en que puede hallarse la nación, de quien las provincias vascongadas son como la fortaleza, destruirlos, ó siquiera aminorarlos, sería grandísimo error y notorio desacierto.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 15 de Abril de 1851.

Muy señor mío: La mudanza de Ministerio ocurrida aquí últimamente no ha producido mudanza ninguna esencial en el semblante de las cosas públicas. El Ministerio se compone de personas que todas han servido en calidad de Consejeros al Presidente de la República, si se exceptúa M. de Crousehilles, que entra por primera vez en el Gabinete como representante de los legitimistas moderados. El elemento, sin embargo, que prevalece en la actual combinación es el del último Ministerio, que dejó el poder á consecuencia de una votación célebremente hostil de la Asamblea Nacional.

Considerado el Ministerio en sus relaciones con el Presidente, no es más que la continuación de los Ministerios anteriores, adictos á su persona. Considerado en sus relaciones con la Asamblea Nacional, deja en pie, como los otros, todos los gérmenes de discordias que la desconfianza ha venido acumulando entre los poderes públicos. Considerado con respecto al país, representa una fuerza mayor de represión que los Ministerios anteriores. Considerado, por último, en sí mismo, y en su composición y estructura interior, se echa de ver desde luego que no hay en él la homogeneidad que fuera de desear y que es de todos apetecida: entre M. Baroche, ministro de Negocios Extranjeros, y M. Fauchet, ministro de lo Interior, hay una desconfianza mal encubierta, y una rivalidad latente: ambos aspiran á retener en su mano la dirección suprema de los negocios públicos. M. Baroche funda sobre todo en su privanza con el Presidente sus altas pretensiones: M. Fauchet en su capacidad reconocida y en su energía á toda prueba. Estas